

Universalismo anticolonial: Arnold J. Toynbee en Alfonso Reyes, V́ctor Raúl Haya de la Torre y Darcy Ribeiro

Por *Florencia GROSSI**

Muy lejos de ser escritores, fundadores de un lugar propio, herederos de los labradores de antaño pero en el terreno del lenguaje, cavadores de pozos y constructores de casas, los lectores son viajeros; circulan por tierras ajenas, nómadas dedicados a la caza furtiva en campos que no han escrito, arrebatando los bienes de Egipto para gozar de ellos.

Michel de Certeau,
La invención de lo cotidiano (1980)

LAS LECTURAS LATINOAMERICANAS de la obra de Arnold J. Toynbee pueden ser un caleidoscopio donde mirar intereses intelectuales diversos. En su obra magna *Estudio de la historia* (1934-1961) el británico se propuso develar las veintiuna civilizaciones que a su criterio componían la historia de la humanidad. Toynbee proclamaba en aquellos años la existencia de varias civilizaciones: la Cristiandad Occidental, la Sociedad Cristiana Ortodoxa, la Sociedad Islámica, la Sociedad Hindú y la Sociedad del Lejano Oriente. Se oponía a la idea de la existencia de una “civilización única” como consecuencia de la expansión económica del “Occidente” sobre el planeta. Afirmaba que era necesario utilizar el concepto de *civilizaciones* en plural, postura que fue leída por significativos intelectuales, entre ellos los latinoamericanos, como una crítica al eurocentrismo de la época, y que en el presente definiríamos como una mirada “multiculturalista”. Sus tesis se contraponían a las declaradas por Oswald Spengler en *La decadencia de Occidente* (1918-1922), quien manifestaba un sino ineluctablemente sombrío

* Docente de la Universidad Nacional de San Martín, Provincia de Buenos Aires, Argentina; e-mail: <fgrossi@unsam.edu.ar>.

para la humanidad, igualando el destino del mundo al de Europa. Toynbee, por el contrario, proclamaba que si la humanidad lograba resolver ciertos desafíos podíamos imaginarnos la edificación de sociedades futuras donde convivieran todas las civilizaciones.

La incorporación de las “antiguas civilizaciones americanas” a su esquema de la historia universal fue interpretado por los lectores latinoamericanos como un verdadero alegato anticolonial. Con su esquema sobre las civilizaciones en plural Toynbee “destruía la ilusión egocéntrica europeísta”, sostenía el político e intelectual peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, mientras que Guillermo Francovich desde Bolivia afirmaba que el historiador británico otorgaba a las antiguas civilizaciones americanas un valor equivalente al de otras sociedades renombradas y canónicas de la historia, como Egipto, la antigua Grecia o Babilonia.¹ Como señaló hace tiempo Arturo Roig, es indudable que uno de los motivos de las lecturas de la obra de Toynbee lo encontramos en esa búsqueda persistente de lo “propiamente americano”.²

Pero las lecturas de la obra de Toynbee, en este diálogo infinito que se construye entre el texto y sus lectores, nutrieron además ciertos tópicos recurrentes de la historia intelectual latinoamericana. En particular las lecturas toynbeeanas resultaron un ejercicio para pensar, elaborar, debatir ciertos problemas de matriz universal, global, cosmopolita. Recrearon un interés persistente por pensar “lo propio” en lo global y establecer las relaciones con ese “mundo Occidental” con márgenes borrosos que en la mayoría de las ocasiones era Europa pero también podía ser Estados Unidos —por lo que casi siempre se presenta entrecomillado— y del cual América Latina era un integrante generalmente incómodo. El resultado de la investigación develó que más que una problematización acerca del concepto de *civilización* —que casi siempre se asocia implícitamente

¹ Víctor Raúl Haya de la Torre, *Toynbee frente a los panoramas de la historia: espacio-tiempo-histórico americano*, Buenos Aires, Cía. Editora y Distribuidora del Plata, 1957; y Guillermo Francovich, *Arnold J. Toynbee, Heidegger y Whitehead*, Buenos Aires, Raigal, 1951.

² El filósofo Arturo Roig señaló correctamente que era un “lugar común” atribuir a los escritores latinoamericanos una especie de “angustia por su propia identidad”. Por ello afirmaba que era necesario no aceptar sin más esta postura. La preocupación por lo propio americano se configuraba históricamente; el “descentramiento” de los otros adquiriría diversas significaciones y relaciones según la época, Arturo Andrés Roig, *El pensamiento latinoamericano y su aventura*, Buenos Aires, CEAL, 1994, pp. 39-40.

a “cultura” o “sociedades”—, las lecturas de Toynbee incitaron un espacio de lectura y escritura que permitió explorar diversas subtramas de ideas y conceptos como la singularidad del tiempo histórico americano, la búsqueda de esquemas de interpretación que contemplan la diversidad continental en un todo o el interés geopolítico por descifrar cual sería el lugar de América Latina en un mundo que se presentaba dislocado por las guerras mundiales y donde el horizonte estaba abierto a diversas posibilidades.

En las siguientes páginas se presenta el estudio de tres lectores de la obra de Toynbee: el escritor mexicano Alfonso Reyes (1889-1959), el político e intelectual peruano Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979) y el político y académico brasileño Darcy Ribeiro (1922-1997).³ Se encontrará un interés particular por indagar sobre ciertas dimensiones de la lectura que siempre se establecen en el orden de lo cambiante, de lo efímero, lo plural y la invención. La lectura no está inscrita en el texto, hay un uso y una interpretación variable que se realiza por parte del lector.⁴ Aquí además hay registros de escritura que dejaron una huella fija, duradera, conservada. Por tanto mi indagación por las formas de la lectura de la obra de Toynbee concluyó siendo también una exploración por las formas de escritura que nacieron de ellas. Los lectores latinoamericanos en esta ocasión fueron lectores y escritores viajeros. La localización de ediciones, lugares de publicación, circulación, traducciones, revisiones, prólogos y presentaciones de los escritos permitió inferir que se leyó a Toynbee de manera creativa.

*Alfonso Reyes lee a Arnold Toynbee
y anuncia el presagio de América*

ENCONTRAMOS referencias directas a las ideas de Toynbee en por lo menos dos obras de Alfonso Reyes. Ordenadas cronológicamente,

³ Una lectura atenta puede detectar huellas de la obra de Toynbee en numerosas obras latinoamericanas. Además de los escritores explorados en este artículo, durante mi investigación registré menciones en Guillermo Francovich (1951, México), Leopoldo Zea (1953, México), Ezequiel Martínez Estrada (1956, Argentina), León Dujovne (1957, Argentina), Carlos Astrada (1957, Argentina), René Ballivián Calderón (1957, Bolivia), Aldo Alejandro Mariño (1975, Argentina) y Roberto Fernández Retamar (1980, Cuba).

⁴ Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, coords., *Historia de la lectura en el mundo occidental* (1997), María Barberán, María Pepa Palomero, Fernando Borrajo y Cristina García Ohlrich, trads., Buenos Aires, Taurus, 2011, pp. 25-26.

las primeras se sitúan en *El deslinde*, un largo tratado de teoría literaria publicado en 1944, y las segundas en *Sirtes*, un libro que congrega varios ensayos elaborados entre 1932 y 1948, publicados en 1949. Pero por la forma de citar y los registros que Reyes dejó de la obra del historiador británico, podemos afirmar que el ensayista mexicano leía a Toynbee varios años atrás. Así lo enunciaba en un ensayo escrito en 1948 incluido en *Sirtes*: “cuando todavía nadie comenzaba a leer a Toynbee en América, yo discutí largamente en *El deslinde* su noción, demasiado simplista por ser ‘cuantitativa’ del pensar histórico, el científico y el poético”.⁵ *El deslinde*, en efecto, es una obra que reúne un conjunto de lecciones impartidas entre mayo y junio de 1940 en el Colegio de San Nicolás en la ciudad de Morelia. En dicha obra Reyes cita el tomo I de *A study of history* de la edición inglesa publicada en Londres y la “Introducción” al volumen *Greek civilization and character*.⁶

La datación temporal no es casual. Recordemos que en 1939 se publicaron los primeros seis volúmenes de *Estudio de la historia* cuyo éxito editorial desencadenó la lectura a nivel mundial de la obra de Toynbee. Alfonso Reyes había regresado definitivamente a México a principios de 1939, situación que inauguró una nueva etapa de sus “edades literarias”.⁷ Como hombre de letras siempre interesado por la cultura universal,⁸ no llama la atención que haya conocido de manera inmediata la obra de Toynbee. Además podemos suponer que las obras del historiador británico circularon de manera casi simultánea en México. Primero como director de La Casa de España y luego de El Colegio de México, entre sus múltiples tareas, Reyes conocía las adquisiciones de las bibliotecas recién fundadas. Es muy probable que así hayan llegado a sus

⁵ Alfonso Reyes, *Sirtes*, en *id.*, *Obras completas*, México, FCE, 1981, tomo XXI, pp. 236.

⁶ Alfonso Reyes, *El deslinde*, en *id.*, *Obras completas*, México, FCE, 1997, tomo XV, pp. 83, 188 y 484.

⁷ Adolfo Castañón, *Trazos para una bibliografía comentada de Alfonso Reyes, con especial atención a su postergada antología mexicana: “En busca del alma nacional”*, México, UNAM/Academia Mexicana de la Lengua, 2005, pp. 35.

⁸ La naturaleza universal o cosmopolita de los intereses intelectuales de Alfonso Reyes es señalada por varios investigadores: Javier Garcíadiego, *Alfonso Reyes*, México, Planeta, 2009; Jorge Myers, “El intelectual-diplomático: Alfonso Reyes, sustantivo”, en Carlos Altamirano, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina*, II. *Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010; y Adolfo Castañón, *Alfonso Reyes, caballero de la voz errante*, México, El Colegio de México, 1997.

manos los primeros volúmenes de *Estudio de la historia*.⁹ Como quiera que haya sido, Reyes inauguró una lectura del historiador británico alrededor de los años 1939-1940.

Las menciones reunidas en *Sirtes* efectivamente develan un segundo momento de lectura que coincide con el apogeo de la obra de Toynbee luego de la Segunda Guerra Mundial. Dos son los ensayos dedicados al autor: “Sobre el sistema histórico de Toynbee” y “Notas a Toynbee”, ambos fechados en 1948. En ellos encontramos referencias a otras obras de Toynbee: al compendio publicado en 1947 por D.C. Somervell en Estados Unidos, y al volumen *Civilization on trial*, también del mismo año. Constatamos que Reyes continuó leyendo a Toynbee en inglés, ya que las primeras ediciones en castellano realizadas por la editorial Emecé en Buenos Aires fueron del compendio en 1952 y de *La civilización puesta a prueba* en 1949.

Estas huellas de lectura nos permiten sugerir que Alfonso Reyes inauguró un espacio de recepción de la obra de Toynbee en México, en el que posteriormente otros tantos transitaron. Éste es el caso de Eugenio Ímaz —filósofo español radicado en México que dedicó un ensayo a las filosofías de la historia titulado “Dos cometas de posguerra: Spengler y Toynbee” escrito antes de 1951— y de Leopoldo Zea —que en 1953 publicó *El Occidente y la conciencia de México* que comienza con un epígrafe extraído de *Estudio de la historia*. Incluso en uno de los prólogos al libro de Ímaz, escrito por José Gaos, éste reafirmaba el interés por la lectura de los filósofos contemporáneos, entre los que enumeraba a “Croce, Spengler, Toynbee, Schweitzer y Heidegger”.¹⁰ Si sumamos a este cuadro el hecho de que gracias a las gestiones de Leopoldo Zea, Toynbee visitó México en 1953, viaje que resultó en un acontecimiento cultural de gran envergadura,¹¹ se puede aseverar que la obra de

⁹ Del intercambio epistolar con Silvio Zavala sobre la adquisición de libros se infiere que muchas de las novedades editoriales anglosajonas llegaban a las bibliotecas por esta vía, véase Alberto Enriquez Perea, comp., *Fronteras conquistadas: correspondencia Alfonso Reyes-Silvio Zavala 1937-1958*, México, El Colegio de México, 1998 (Col. Testimonios, núm. 3), pp. 60-65.

¹⁰ Eugenio Ímaz, “Dos cometas de posguerra: Spengler y Toynbee” (1948), en *id.*, *Luz en la caverna: introducción a la psicología y otros ensayos* (1951), México, FCE, 2009, p. 16.

¹¹ Ignacio Sosa, “Leopoldo Zea: Premio Nacional”, *Perspectiva. Nuevo Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras* (México, UNAM), núm. 4-5 (noviembre-marzo de 1981), pp. 15-21.

Toynbee era leída —existía un interés por lo menos— en una red amplia de intelectuales y académicos.

No es sencillo analizar las lecturas de Reyes sobre Toynbee. No se encuentran mayormente citas separadas, anotaciones o menciones específicas, más bien todo lo contrario. Reyes se apropia creativamente de la obra de Toynbee y elabora grandes apartados donde las ideas y el lenguaje de uno y otro se funden. Situación que se descubre leyendo atentamente —y en ocasiones simultáneas— a Toynbee y a Reyes. Las palabras del historiador inglés actúan en la mayoría de los casos como citas de autoridad, pero también como “estímulo de nuestro trabajo”, así lo afirmó Reyes.¹²

Sin duda una primera motivación de estas lecturas toynbeeanas fueron sus indagaciones acerca de la literatura grecolatina. Pero más que la calidad de las investigaciones —como indica Garcíadiego, Reyes nunca presumió de ser un helenista y jamás ocultó que no dominaba el griego— interesan los motivos de sus exploraciones. A Reyes le importaba difundir los clásicos entre los lectores mexicanos como parte de su “labor civilizatoria”.¹³ Su fin era retomar los textos del mundo grecolatino para darles “una visión contemporánea”. Su aportación no era académica ni erudita, más bien le interesaba enriquecer la creación intelectual.¹⁴ Reyes consideraba que la “inteligencia americana” siempre había estado obligada a ser internacionalista y, por lo tanto, era necesario erigir puentes y lazos entre lo mejor de la cultura universal y los intereses de “lo propio”.¹⁵ Pero en las lecturas de la obra de Toynbee encontramos una razón adicional: el historiador británico podía fungir como ejemplo por su formación académica. En sus “Notas sobre Toynbee”, Reyes señalaba que encontró “una curiosa coincidencia” entre sus ideas y las de Toynbee cuando éste destacó en su historia personal la importancia de los estudios grecolatinos. Toynbee recordaba en uno

¹² Reyes, *El deslinde* [n. 6], p. 164.

¹³ Javier Garcíadiego, *Alfonso Reyes y Carlos Fuentes: una amistad literaria*, México, Cátedra Alfonso Reyes-Tecnológico de Monterrey, 2014, pp. 113-114.

¹⁴ *Ibid.*, p. 39. Asimismo, como sostiene Sánchez Prado: “el recurso a la tradición grecolatina era siempre un trabajo de ‘pensamiento alegórico’, puesto que su objeto de estudio era un pretexto para la reflexión de otras materias, en este caso, acerca de la naturaleza de la ‘inteligencia americana’”, Ignacio M. Sánchez Prado y Adela Pineda Franco, eds., *Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos*, Pittsburgh, ILLI/University of Pittsburgh, 2004 (Col. *Críticas*), p. 69.

¹⁵ Alfonso Reyes, “Notas sobre la inteligencia americana” (1936), en Leopoldo Zea, comp., *Fuentes de la cultura latinoamericana*, México, FCE, 1993, tomo I, pp. 245-250.

de los artículos recogidos en *La civilización puesta a prueba* que su formación como historiador en la Inglaterra de aquellos años había incluido significativos “viajes educativos” por el mundo helénico. Sostenía que había recibido una mejor educación en relación con su madre que había sido formada bajo la guía de “la historia nacional inglesa”. El estudio de los clásicos había resultado en Toynbee en “ventajas innegables”, sostenía Reyes. El mundo greco-romano era un “campo histórico cabal” y no un semillero de “parroquias” donde primaban las historias nacionales. La formación académica de Toynbee podía ser una guía para la educación de los futuros académicos de las instituciones de enseñanza que Reyes dirigía, como El Colegio de México.

Este horizonte asimismo posibilitaba la comprensión de fenómenos históricos “nacionales” en sus vínculos con otros de naturaleza global. Y es aquí donde Reyes se apropió de ejemplos que encontró en la obra de Toynbee para interpretar posibles sentidos de la historia mexicana. Comparando sus reflexiones en *Pasado inmediato* (1941) con las del historiador británico, Reyes se animó a sostener que existían “sentimientos de época” que trascendían las vivencias nacionales. Las sensaciones de fin de ciclo histórico que ocurrían en el ocaso del Porfiriato —“yo advertía cómo la gente de aquel tiempo se consideraba ya fuera del tiempo, fuera de la historia”—¹⁶ podían ser igualadas a otras percepciones de la gente durante la Inglaterra victoriana, luego de la Guerra de Secesión en Estados Unidos, y en la Alemania derrotada por Francia. Así, Reyes constataba que ese “sentir de época” no era sólo patrimonio “nuestro”; la historia de México podía ser enlazada con la historia global. De tal modo Reyes gratamente afirmaba que hasta los sentimientos humanos tenían naturaleza universal.

Los comentarios a la obra de Toynbee que se incluyen en *El deslinde* son más complejos de desentrañar, en parte por la propia dificultad que este tratado teórico sobre la literatura conlleva. Reyes, sin embargo, obsequia al lector una explicación sobre el fin de sus exploraciones:

Utilizaré el esquema de Toynbee. Mezclaré sus ejemplos con los míos, con las mías sus explicaciones; lo completaré en algunos aspectos. Ya lo

¹⁶ Reyes, *Sirtes* [n. 5], p. 214.

sigo, ya me alejo de él gradualmente, ya lo rechazo y aun lo abandono. Su fin no coincide con el mío. Él estudia relaciones generales sin calificarlas; yo estudio servicios o funciones ancilares, movimientos e intenciones del pensamiento teórico, contaminaciones de fronteras y deslindes de esencias. Él va a dilucidar la historia; aquí se intenta dilucidar la literatura. Allá, sin advertirlo, se pasa del pensar al producto del pensar y se llega, finalmente, a una torsión cuantitativa de las cualidades. Aquí se procurará evitarlo.¹⁷

La primera interpretación plausible es que cuando Reyes se refiere al “esquema de Toynbee” hace referencia a su sistema sobre las civilizaciones. En general, los autores hablan del “sistema de Toynbee” para aludir a lo que se considera su filosofía mayor. Sin embargo, Reyes no se refiere a ello, sino a un esquema que establece las posibles relaciones entre la historia, la ciencia de “lo real” (la antropología) y la literatura.¹⁸ El “esquema de Toynbee” a juicio de Reyes era un ejemplo de trabajo para sistematizar una teoría literaria que otorgara carácter de científicidad a la literatura. Toynbee había formulado una filosofía de la historia que a su vez se presumía científica. Argumentaba, entre tantas otras cuestiones, que la historia era una ciencia porque podía recurrir al método comparativo. Los “datos” empíricos no eran infinitos; las civilizaciones eran posibles de cuantificar. A Reyes le había llamado la atención la “unidad de la obra” que le permitía al historiador británico realizar referencias cruzadas hacia atrás y hacia adelante, incluso sobre los volúmenes todavía no escritos. Parecía que la obra existiera más allá del autor; el “esquema” era sorprendente.¹⁹ Con *El deslinde* Reyes se proponía también darle carácter de ciencia a la teoría literaria. Por ello, más que un ensayo la obra debía tener la forma de un tratado, un formato más similar al “esquema”. No olvidemos

¹⁷ Reyes, *El deslinde* [n. 6], p. 83.

¹⁸ La única referencia bibliográfica que encontramos es un asterisco en forma de nota al pie que dice: “Arnold J. Toynbee, *A study of history*, I, 441-464”, *ibid*. Si investigamos esta datación, la misma nos dirige en el tomo I de la edición inglesa al siguiente apartado: “III. (e) Annex: Methods of Apprehension, Subjects of Study, and Quantities of ‘Data’” (1934). En la edición en español de Emecé este anexo se presenta de la misma manera: “Anejo (III) (e) Métodos de aprehensión, temas de estudio y cantidad de ‘datos’”. El tomo I, aclaramos, tiene varios anexos que corresponden a distintos capítulos. El anexo que estudió Reyes complementa el capítulo I, “C. (III) (e). La comparabilidad de los ‘hechos’ encontrados en el estudio de las civilizaciones”. Esta vinculación es la que nos permitió establecer que Reyes realizó toda su argumentación en relación con un anexo marginal de *Estudio de la historia*. Lo que en Toynbee era un argumento secundario —la relación entre la historia, la ciencia y la literatura—, en Reyes se transformó en un nudo central.

¹⁹ Reyes, *Sirtes* [n. 5], p. 236.

que el contexto de escritura de esta obra de Reyes coincidió con el comienzo de la actividad intelectual humanística en instituciones educativas.²⁰ Era asimismo un momento de profesionalización de diversas disciplinas, como la historia y la antropología,²¹ por ejemplo. Para Reyes los fines de *El deslinde* debían ser un aporte a la teoría literaria.

En el “Prólogo” encontramos entonces un agradecimiento a la Universidad Michoacana por brindarle la oportunidad de “poner un poco de orden en los hacecillos dispersos de una obra siempre desarticulada por una existencia de viajero”.²² Sistematizar significaba, en primer lugar, tener en cuenta que no eran éstas las primeras ideas sobre el tema. Reyes aclaraba que sus libros *La crítica en la edad ateniense* (1941), *La antigua retórica* (1942) y *La experiencia literaria* (1942) fueron “anticipaciones o fundamentos a mis temas actuales”.²³ Pero en particular sistematizar implicaba conceptualizar. Para él la literatura era una “ciencia” porque tenía técnicas específicas y fundamentos sobre los cuales construía una teoría literaria. Si era una ciencia había que definir el “objeto literario”, por lo tanto era necesario diseccionar, “deslindar” la literatura de otros “objetos teóricos del espíritu” como la historia, la antropología, la matemática y la teología. En definitiva, para brindar carácter de ciencia a la literatura era necesario realizar ciertas operaciones epistemológicas. Uno de los caminos posibles era realizar un análisis comparativo —deslindar— entre la literatura y otra ciencia como la historia. El “esquema de Toynbee” podía ser un ejemplo de trabajo científico y a la vez una referencia para polemizar con otras “ciencias del espíritu”.

Reyes dedicó sus últimas reflexiones sobre Toynbee a la cuestión del “pronóstico”, la “utopía”, el “presagio” de América. El inmediato mundo de la posguerra eclipsaba toda afirmación contundente, sin embargo, en los ensayos publicados en *La civilización puesta a prueba* Toynbee proclamaba la posibilidad de la “unidad

²⁰ Ignacio Sánchez Prado, “Las reencarnaciones del centauro: *El deslinde* después de los estudios culturales”, en Sánchez Prado y Pineda Franco, eds., *Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos* [n. 14], pp. 63-88, p. 64.

²¹ Guillermo Zermeño, “La historiografía en México: un balance (1940-2010)”, *Historia Mexicana* (El Colegio de México), vol. LXII, núm. 4 (abril-junio de 2013), pp. 1695-1742.

²² Reyes, *El deslinde* [n. 6], p. 83.

²³ *Ibid.*, p. 199.

de las civilizaciones” como perspectiva de paz y pronosticó que “nuestro mundo futuro no será occidental ni no-occidental, sino que será el heredero de todas las culturas”.²⁴ No obstante, Reyes tenía sospechas sobre la perspectiva toynbeeana:

Todas estas dudas [acerca del porvenir de “Occidente”] son, en suma, consoladoras. Ya no nos sentimos obligados a pensar que la historia humana, del siglo XVI en adelante, es un mero derrumbe; ni tampoco a aceptar —en consecuencia— los especiosos argumentos con que, a última hora, Toynbee quiere consolarnos respecto al futuro destino de nuestra civilización.²⁵

En una clara referencia a las tesis de Spengler, Reyes no adhería la perspectiva del ocaso de Occidente, pero tampoco la propuesta de Toynbee de “unidad de las civilizaciones”. Ya Reyes había enunciado junto a esta afirmación que “no todo el Occidente” participaba en el mismo destino cuando pensamos en “nuestra civilización”. Surgen algunas preguntas sobre estas enunciaciones: ¿qué entiende Reyes por “Occidente”? ¿América Latina integra la “civilización occidental”?; si la respuesta es positiva: ¿de qué manera lo hace? ¿El futuro de América estaba atado al futuro de la civilización occidental como un todo? ¿Cómo augurar el presagio de América?

Reyes parece compartir la idea, fecundada durante el acontecer de ambas guerras mundiales, de que Europa había fracasado en asegurar la paz mundial. Un sentimiento extendido entre los intelectuales que hablaba de la “fatiga espiritual” de Europa y de la “decadencia de Occidente”. La cuestión era pensar cuál sería el papel de los países latinoamericanos frente a la crisis de Europa. “Occidente” no era un espacio homogéneo sino constitutivo, “no todo el Occidente participa”, reiteramos las palabras de Reyes. Aunque las definiciones no son absolutas, podemos aseverar que estos cuestionamientos se ubican en el ideario americanista de Reyes. En estos mismos años, en *Última Tule* (1942), Reyes proponía una posible interpretación sobre la relación entre América y Europa. Si a lo largo del siglo XIX los utopistas vieron en el Nuevo Mundo un lugar de promisión, esta visión del pasado puede preservarse para el futuro: “hoy por hoy [sostenía Reyes] el Continente

²⁴ Arnold Toynbee, *La civilización puesta a prueba*, M.C., trad., Buenos Aires, Emecé, 1949, p. 113.

²⁵ Reyes, *Sirtes* [n. 5], p. 240.

se deja abarcar en una esperanza, y se ofrece a Europa como *una reserva de humanidad*. O éste es el sentido de la historia, o en la historia no hay sentido alguno”.²⁶ Parece que éste es el “impulso específico” que América tenía reservado para “Occidente”: nuestro continente era el lugar donde la humanidad todavía conservaba un futuro posible. El destino era un espacio abierto, no existía un derrumbe inevitable, como afirmaba Spengler, pero tampoco la “cultura occidental” sin más tenía un simple porvenir auspicioso. La “unidad de la civilización” podría ser una perspectiva creada no *con* Europa sino *contra* ella. América podía resultar un hiato creativo en el destino de “nuestra civilización”.

*Víctor Raúl Haya de la Torre lee a Toynbee
y reafirma la naturaleza particular
del tiempo histórico americano*

ENTRE las lecturas latinoamericanas de Toynbee, las de Víctor Raúl Haya de la Torre son quizás las más conocidas. El político e intelectual peruano dedicó un libro entero a sus indagaciones intelectuales. En 1957 se publicó en Buenos Aires la primera edición de *Toynbee frente a los panoramas de la historia*. En el volumen Haya de la Torre reunió seis ensayos dedicados al historiador británico, en particular al tomo I de su obra magna *Estudio de la historia*. Estos escritos sin embargo no eran todos recientes. Cinco de ellos ya habían sido publicados en la revista mexicana *Cuadernos Americanos* entre 1951 y 1954. Para la nueva edición fueron modificados levemente con algunas apostillas y Haya de la Torre agregó una “Nota prologal” escrita en Copenhague en 1955 y un ensayo epilodal sobre “el advenimiento de la Civilización Americana” firmado con la siguiente datación: Lima-México, 1954.²⁷

Las partes centrales de estos ensayos fueron escritas durante el asilo diplomático de Haya de la Torre en la Embajada de Co-

²⁶ Alfonso Reyes, *Última Tule*, en *id.*, *Obras completas*, México, FCE, 1997, tomo XII, p. 60. Las cursivas son mías.

²⁷ Haya de la Torre, *Toynbee frente a los panoramas de la historia* [n. 1]. La edición del libro quedó a cargo de su amigo argentino Gabriel del Mazo, dirigente del movimiento de la Reforma Universitaria, quien logró recopilar los escritos disgregados y publicarlos finalmente en Buenos Aires. Posteriormente, el libro fue incorporado a las *Obras completas* publicadas en Lima por la editorial Juan Mejía Baca.

lombia en Lima. Como afirmaba en la “Nota prologal”, “cinco años, cuatro meses y tres días” —a partir del 4 de enero de 1949, luego del golpe y persecución perpetrados por el general Manuel Odría—, estuvo Haya de la Torre exiliado en su propio país. Éste no era ni el primer encarcelamiento ni la primera persecución que sufría, porque si algo caracterizó la vida política de Haya de la Torre fue su condición de “viajero y/o desterrado”.²⁸ Pero ese exilio al que el dirigente peruano denominó “Señor Asilo”, fue lo suficientemente largo como para brindarle la oportunidad —si esta definición es posible— de efectuar ciertas lecturas de manera tranquila: “para entonces me había resignado a un cautiverio que podría prolongarse por muchos años. Reorganicé mis proyectos de estudio y trabajo. Inicié un ensayo sobre las obras históricas de Arnold Toynbee, consultando fuentes que se remontaban hasta San Agustín”.²⁹ Estas lecturas detalladas también hicieron posible que Haya de la Torre indagara acerca de la traducción de la obra de Toynbee y estableciera diferencias semánticas en algunos conceptos al comparar el tomo I de *Estudio de la historia* con el compendio publicado por D.C. Somervell en 1947.³⁰

No obstante, Haya de la Torre venía explorando la obra de Toynbee desde hacía algunos años. La forma en la que aludió a sus lecturas sobre el historiador británico ha sido fuente de algunas confusiones. Enunciamos dos razones principales. Primero, la obra de Haya de la Torre todavía no se encuentra ordenada y publicada de manera sistemática. Acercarse a sus ensayos implica el esfuerzo de precisar y revisar su situación de lectura y escritura.³¹ Segundo, el intelectual peruano reconstruía los resultados de sus

²⁸ Ricardo Melgar Bao, “El joven Haya de la Torre y sus muchos mundos”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 622 (abril de 2003), pp. 41-47, p. 41.

²⁹ Víctor Raúl Haya de la Torre, *Toynbee frente a los panoramas de la historia: espacio-tiempo-histórico americano*, en *id.*, *Obras completas*, Lima, Editorial Juan Mejía Baca, 1977, vol. 7, p. 251.

³⁰ Haya comienza el capítulo I comentando la traducción realizada por el español Jaime Perriau, publicada por la editorial argentina Emecé desde 1951. Consideraba que algunos vocablos como “tribunal” estaban influidos incorrectamente por los “impertérritos académicos de Madrid” y que el compendio de D.C. Somervell, aunque había permitido que la obra de Toynbee obtuviera una “acústica mundial”, era muy deficiente, Haya de la Torre, *Toynbee frente a los panoramas de la historia* [n. 1], pp. 7-8.

³¹ Melgar Bao y Gonzales sostienen que todavía no se ha publicado gran parte de los artículos periodísticos ni de la correspondencia del intelectual peruano, *cf.* Víctor Raúl Haya de la Torre, *Giros discursivos y contiendas políticas: textos inéditos*, Ricardo Melgar Bao y Osmar Gonzales, comps., Buenos Aires, CCC/Florencia Gorini, 2014, p. 11.

indagaciones en una genealogía que buscaba brindar una comprensión de sus tesis políticas más que una datación filológica. La forma en la que anuncia sus lecturas toynbeeanas ejemplifica esta abigarrada composición:

Me ha ocurrido con la obra de Toynbee algo que explica mi interés en seguirla y comentarla. Desde 1928, y como parte de las tesis políticas del Aprismo, he preconizado una nueva interpretación de la Historia, y en especial de la de América, desde una angulación relativista referida al *Tiempo y al Lugar*. A éstos, al insinuarlo ya desde un libro escrito al comenzar aquel año en México —y antes de él en artículos, ensayos y notas periodísticas— los denominé *Espacio-Tiempo-Histórico*.³²

En esta cita breve se concentran varios indicios que es necesario deslindar. Las referencias a 1928 pertenecen claramente a la versión de *El antimperialismo y el APRA* escrita en polémica con Julio Antonio Mella en México. Pero es imposible que éste fuera el inicio de las lecturas de Toynbee. Tampoco 1936, el año de publicación del libro, sería una datación correcta. En cambio, las lecturas del historiador británico sí están asociadas, como explicita Haya de la Torre, a sus elaboraciones acerca del “espacio-tiempo-histórico”.

En 1948 Haya de la Torre publicó un libro titulado *Espacio-tiempo histórico: cinco ensayos y tres diálogos* donde encontramos las primeras menciones a la obra de Toynbee. El libro contiene trabajos escritos entre 1935 y 1946. Pero las referencias a Toynbee son todas de 1948, el momento de la edición del libro, y no de años previos. Por ello las menciones se sitúan en el “Prólogo”, la “Introducción” y en una segunda parte titulada “Diálogos para el esclarecimiento”, escritos agregados a último momento. Las referencias aluden a comentarios sobre el tomo I de *A study of history* publicado por Oxford University Press y a referencias indirectas sobre otros estudiosos de la obra de Toynbee. Ese mismo año, 1948, en febrero, el intelectual peruano había conocido personalmente a Toynbee en Princeton, y ese encuentro fue seguramente un estímulo adicional para explorar su obra. Haya de la Torre había viajado a Estados Unidos para participar en el Foro Anual del *Herald Tri-*

Sus obras completas, aunque en el momento de publicación fueron muy valiosas, en el presente son insuficientes para acercarse al conocimiento de su producción.

³² Haya de la Torre, *Toynbee frente a los panoramas de la historia* [n. 1], p. 9. Las cursivas son del original.

bune de Nueva York. Cuando concluyó la actividad fue invitado a la Universidad de Princeton por John Mackay, un viejo amigo de los años en que había sido profesor del Colegio Anglo Peruano en Lima. Mackay fue el anfitrión del encuentro con Toynbee donde Haya de la Torre tuvo la oportunidad de intercambiar impresiones. Como relató posteriormente, el peruano había aprovechado para expresarle su disgusto a Toynbee por el “*Digest* típicamente norteamericano” que había resultado ser el compendio de D.C. Somervell, pero también para confesarle sus “coincidencias” en la interpretación de la historia. En este diálogo reconstruido según la memoria de Haya de la Torre, Toynbee lo incitó a “persistir en el esfuerzo” de consumir una filosofía de la historia americana.³³ Y el intelectual peruano así lo hizo. Se puede afirmar entonces que Haya de la Torre inició la lectura de la obra de Toynbee en 1948 y continuó su indagación durante su asilo en la Embajada de Colombia en Perú entre 1951 y 1955, momento de “acústica mundial” de la obra del historiador inglés.

Una de las derivas de las lecturas toynbeeanas fueron las exploraciones de Haya de la Torre acerca de lo que podríamos denominar las aporías del tiempo histórico.³⁴ Para Haya de la Torre la obra del historiador británico comenzaba con una sentencia clave que condensaba todo su sistema histórico sobre las civilizaciones: “En cualquiera época de cualquiera sociedad el estudio de la historia, tal como las demás actividades sociales, está gobernado por las tendencias dominantes del tiempo y el lugar”.³⁵ Esta formulación simple dislocaba la interpretación de las “escuelas historiológicas europeas”. Una nueva dimensión del tiempo y el espacio, no centrado en Europa, posibilitaba pensar el *tempo* americano de manera singular. Según Haya de la Torre, *Estudio de la historia* mostraba

³³ *Ibid.*, pp. 9-10.

³⁴ Ricoeur define las aporías del tiempo histórico como el entramado complejo que producen las intersecciones entre tiempo vivido, tiempo universal y tiempo histórico. Sólo se puede comprender el tiempo histórico si realizamos un trabajo reflexivo, una “hermenéutica de la conciencia histórica” que explique su significado, Paul Ricoeur, “Entre el tiempo vivido y el tiempo universal: el tiempo histórico”, en *id.*, *Tiempo y narración* (1985), Agustín Neira, trad., México, Siglo XXI, 1996, p. 783.

³⁵ Arnold J. Toynbee, *Estudio de la historia* (1934), Jaime Perriau, trad., Buenos Aires, Emecé, 1951, tomo I, p. 23. Esta afirmación no se encuentra en el compendio realizado por D.C. Somervell, razón de la crítica de Haya de la Torre.

un “universo curvo” no lineal, y por ello desencadenaba un quiebre en el europeísmo historicista:

La hazaña relativista de Toynbee [...] conlleva, sin duda, una primera significancia: la de *deseuropeizar* la “clásica” perspectiva isométrica de la Historia, desplazando sus ángulos hacia nuevos alineamientos etiológicos. Y, simultáneamente, la de *desnacionalizarla*, al descentrar sus artificiosos contornos geométricos estaduales, y al espaciar sus áreas a “los campos inteligibles del estudio histórico”.³⁶

Asimismo subrayaba que la metodología expositiva correspondía a una “dinámica de espiral” asociada al relativismo einsteiniano:

Dentro de la dinámica de espiral que moviliza la obra de Toynbee todos los temas nucleares vuelven a ser observados desde curvas siempre engrandecidas y más eminentes. Así, el íntegro examen de cada uno resulta garantizado y predecible. Por este comportamiento, tan extraño a los genios orgullosos, el autor encarna un paradigma de probidad equiparable al de Einstein, y proyecta las luces de su *Estudio* hacia horizontes todavía insospechados.³⁷

Las referencias al relativismo de Einstein son una huella interpretativa clave para comprender la conexión con las lecturas toynbeeanas. Desde hacía varios años Haya de la Torre venía elaborando “una filosofía de la historia aprista”. Sus formulaciones nacían de deslindes y contrapuntos con lo que él consideraba el “marxismo ortodoxo de Moscú”, y con la incorporación, de manera abigarrada y ecléctica, de lecturas de Marx, Engels, Hegel, Spengler, Bergson, la “psicología genética” de su época y, en particular, su interpretación del relativismo de Einstein. Los ensayos publicados en su libro *Toynbee frente a los panoramas de la historia: espacio-tiempo-histórico* develan las marcas de estas lecturas y resignificaciones. Su precisión es compleja porque acontecieron en varias secuencias temporales durante su exilio en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Europa y Estados Unidos.³⁸ De

³⁶ Haya de la Torre, *Toynbee frente a los panoramas de la historia* [n. 1], pp. 14-17. Las cursivas son del original.

³⁷ *Ibid.*, p. 17.

³⁸ Melgar Bao y Gonzales señalan que en este periodo Haya de la Torre “inicia una labor de maduración intelectual insuficientemente considerada por sus biógrafos”, en Haya de la Torre, *Giros discursivos* [n. 31], p. 39. Para reconstruir aspectos de este itinerario intelectual del peruano, recurrí a las dos biografías clásicas sobre él: Felipe Cossío del Pomar, *Haya de la Torre: el indoamericano*, Lima, Nuevo día, 1946; y Luis

su estancia alemana las lecturas de Spengler y Einstein resultaron definitorias.³⁹ Lo que más lo cautivó del sistema spengleriano fue su ataque teórico contra el esquema europeo de la historiografía que sostenía una cronología estática: Historia Antigua→ Historia Media→ Historia Moderna. La historia de América no encontraba lugar en esta cronología; Spengler afirmaba que las viejas culturas de América habían sido ignoradas, “so pretexto de que les falta toda conexión”. Haya de la Torre suscribía esta tesis pero consideraba que la crítica de Spengler era un “intento” limitado. El “relativismo” del filósofo alemán —que concluía en una concepción cíclica y pesimista de Occidente— era “inmóvil” y siempre situaba al observador de los procesos históricos en el “campo gravitacional histórico” del llamado Viejo Mundo. Aunque criticaba una cronología fija le faltaba comprender que sus conclusiones también tenían un carácter “histórico relativo”. Y añadía que Spengler proclamaba un relativismo antidialéctico, augural y quietista; “un relativismo estático que extrapolaba su tesis sobre Occidente como una verdad eterna y universal”.⁴⁰ A esta interpretación había que oponer el relativismo einsteiniano, que posibilitaba asimismo un cambio en el punto de vista del observador. La historia universal debía ser interpretada desde un “plano móvil (einsteiniano) y no fijo (newtoniano/europeo)”.⁴¹ América habitaba un espacio-tiempo-histórico singular, diferente y opuesto al europeo. Y esta diferenciación brindaba la posibilidad de observar desde América

Alberto Sánchez, *Haya de la Torre y el APRA: crónica de un hombre y un partido* (1954), Santiago de Chile, Pacífico, 1955.

³⁹ Encontramos varios artículos acerca de la experiencia alemana y la mirada sobre Einstein en el libro de Haya de la Torre, *Ex combatientes y desocupados*, Santiago de Chile, Ercilla, 1936. Como señalan Miguel de Asúa y Diego Hurtado de Mendoza, fue justamente en estos años que la figura de Einstein estaba en su pleno apogeo. La relatividad general recreaba un lenguaje en principio comprensible para un gran público: revolución, relatividad, espacio y tiempo, curvatura del espacio, universo etc. Las elaboraciones de Haya de la Torre fueron parte de estas influencias que la filosofía recibió de los propios planteamientos que surgían de la física. Sin embargo, es importante mencionar que más que una interpretación de la teoría de la relatividad, esta experiencia intelectual puede ser englobada en las “imágenes” que proyectó la figura de Einstein sobre la ciencia y la cultura de su época, Miguel de Asúa y Diego Hurtado de Mendoza, *Imágenes de Einstein: relatividad y cultura en el mundo y en Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 2006, pp. 163-164. Haya de la Torre conoció personalmente a Einstein y lo vio en varias ocasiones.

⁴⁰ Víctor Raúl Haya de la Torre, *Espacio-tiempo-histórico: cinco ensayos y tres diálogos*, Lima, La Tribuna, 1948, pp. 20.

⁴¹ *Ibid.*, p. 21.

la historia universal. El resultado panorámico era una constelación divergente donde convivían una pluralidad de tiempos históricos.

Así la proclama política de Haya de la Torre tenía sus fundamentos teóricos: “la primera norma de la actitud mental aprista es la de *la relatividad aplicada a la Historia*”.⁴² Su interpretación de la teoría de la relatividad implicaba un verdadero hiato en su polémica con el marxismo y en su interpretación del tiempo americano. Admitiendo el principio del relativismo del “espacio-tiempo-histórico” debíamos reconocer que “el paralelismo en el desenvolvimiento de los pueblos es también relativo en la vastedad de la Historia”.⁴³ Bajo este supuesto Haya de la Torre enunció desde 1928 que si bien el “imperialismo era la etapa última o superior en los países avanzados”, en Indoamérica era la “primera”, cuestión que nos alejaba de todo “dogmatismo anti-relativista”.⁴⁴ El espacio tiempo histórico americano, por lo tanto, era único e intransferible y obligaba a pensar su propio programa político. Sus escritos posteriores ahondarán estas primeras exploraciones.

Cuando Haya de la Torre conoció la obra de Toynbee en 1948, la sentencia inicial de *Estudio de la historia*, “en cualquiera época el estudio de las actividades sociales está gobernado por las tendencias del tiempo y el lugar”, no hacía más que reafirmar sus propias tesis. Pero más que una revaloración, las lecturas toynbeeanas resultaron en una ampliación de su horizonte interpretativo. Sintéticamente nos referiremos a tres operaciones intelectuales. Primero, la inclusión de las civilizaciones americanas por parte de Toynbee en su vasto estudio negaba “las tesis de ciertos historiadores occidentales que se habían referido a nuestras viejas culturas como fenómenos impertinentes de un *alter orbis*, o como intentos abortivos de civilización siempre lejos del éxito y de merecer consideración alguna”.⁴⁵ Para Haya de la Torre la inclusión de “otras civilizaciones” no europeas en el sistema toynbeeano podía ser interpretado como un verdadero alegato anticolonial. La interpretación de Toynbee le

⁴² *Ibid.* Las cursivas son del original.

⁴³ *Ibid.*, p. 11.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 12.

⁴⁵ Haya de la Torre, *Toynbee frente a los panoramas de la historia* [n. 1], p. 52.

interesaba porque pensaba en “civilizaciones” en plural y desmentía la “unidad de la civilización occidental”.⁴⁶

Segundo, la idea toynbeeana de civilizaciones como “campo inteligible” para comprender la historia proporciona categorías analíticas para un esquema de pensamiento en gran escala. No son las “naciones” sino las “civilizaciones” las unidades de exploración. “Indoamérica” podía ser equiparada a una totalidad como Europa, Asia o África. Haya de la Torre no casualmente recuperaba junto a estas lecturas de Toynbee el concepto de *pueblo continente* del intelectual peruano Antenor Orrego. Este concepto, afirmaba Haya de la Torre, “nos emancipaba del sentido continental de la Geografía Física y se alejaba de la Geopolítica”.⁴⁷ Un pueblo continente podía ser un área espacio/temporal: Indoamérica era un pueblo continente con las islas Antillas, con México, Centro y Sudamérica; y Estados Unidos conformaba otro con Canadá y Alaska. “Un Pueblo Continente tiene una forma espacio-tiempo y una conciencia histórica de su devenir social, político y económico”, sostenía.⁴⁸ Sociedades, civilizaciones, pueblos continentes. Cada campo espacio-temporal tenía su ritmo peculiar de desarrollo, por un lado, pero también, su propia perspectiva desde donde observaba y se relacionaba con la totalidad/universalidad. América era uno de estos “campos gravitacionales” con su propio espacio-tiempo-histórico intransferible. Asumir conscientemente esta singularidad era lo que permitiría que “nuestra civilización” abandonase el “colonialismo mental” y se elevase a un correcto grado de conciencia de sí misma.

Tercero, para Haya de la Torre no era suficiente incorporar en la historia pasada las civilizaciones americanas, también era deseable pensar a las mismas en un futuro histórico y en sus vínculos con las otras civilizaciones. Con el devenir de lo que él definió como la “civilización novomúndica” reflexionó sobre este punto:

Al delimitar los extensos ámbitos de la Civilización Cristiana Occidental, Toynbee amplía sus confines hasta más allá del otro hemisferio llamado también “de Occidente”. Y así comprende a las Américas [...] La cuestión

⁴⁶ *Ibid.* Haya de la Torre cita en extenso un apartado de Toynbee. La cita es la misma con la cual Leopoldo Zea inicia su libro *El Occidente y la conciencia de México*, México, Porrúa y Obregón, 1953.

⁴⁷ Haya de la Torre, *Espacio-tiempo-histórico: cinco ensayos y tres diálogos* [n. 40], p. 180.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 32.

terminal de este ensayo se apoya en el planteamiento de Toynbee sobre las civilizaciones que aparecen por desprendimiento de las que son su “cuerpo principal”, nos interrogamos: ¿no sería similar el advenimiento de una *Civilización Americana* como rama en proceso de separación de la *Cristiana Occidental*?⁴⁹

Haya de la Torre emprendió una respuesta deseable: la posibilidad de una Civilización Americana o Novomúndica significaría la *escisión* de Europa (la civilización occidental cristiana) y la *unión* de las dos Américas. La Civilización Novomúndica debía resultar de la confluencia de la realidad económica y política “interamericana”. El intelectual peruano evocaba una fórmula de época: “los Estados Unidos necesitan tanto de Indoamérica como ésta de ellos”. Era el momento de auge del “interamericanismo”, como lo definió Arturo Ardao. El panamericanismo se había metamorfoseado en interamericanismo y su mayor expresión era la creación de la Organización de los Estados Americanos. Fue un momento breve pero con alta influencia. El panamericanismo había dejado atrás su vocación de unir el “hemisferio americano” bajo la órbita de Estados Unidos. El latinoamericanismo había dado lugar a la posibilidad de una unión de las dos Américas incitada por la imagen atractiva que Estados Unidos había logrado luego de la Segunda Guerra Mundial. Pero la tensión entre las dos Américas persistía, el término acuñado expresa esta situación, se hablaba de “interamericanismo” y no de “intramericanismo”.⁵⁰

Haya de la Torre expresaba esta tensión persistente cuando afirmaba que la unión de las Américas no implicaba una “fatal norteamericanización”. La Civilización Americana o Novomúndica debía aunar el “poder creador del pronto y del mañana” pero también “las hondas raíces del ayer”. América Latina debía completar a la otra América, debía brindar “las esencias que a ella le faltan y que aparecen tangibles en la nuestra”.⁵¹ Es evidente que sus postulados ya no son los de *El antiimperialismo y el APRA* (1928), pero tampoco podemos afirmar que el intelectual peruano hubiese abandonado por completo tales postulados latinoamericanistas.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 229. Las cursivas son del original.

⁵⁰ Arturo Ardao, “Panamericanismo y latinoamericanismo”, en Leopoldo Zea, coord., *América Latina en sus ideas*, México, UNESCO/Siglo XXI, 1993 (Col. *América Latina en su cultura*), pp. 157-171, p. 168.

⁵¹ Haya de la Torre, *Toynbee frente a los panoramas de la historia* [n. 1], p. 231.

Era un momento histórico particular donde la paz inmediata de la posguerra daba lugar a la añoranza de erigir “sociedades futuras” donde convivieran las diversas “civilizaciones”. Sólo unos años después esta perspectiva fue impensable, la Guerra Fría y la Revolución Cubana abonaron al resurgir del antiimperialismo. Pero ni Haya de la Torre ni Toynbee escaparon a la ilusión de la época.

*Darcy Ribeiro lee a Toynbee
y pronostica las “sociedades futuras”*

ALGUNAS lecturas son una búsqueda; éste parece ser el caso que nos ocupa. Las menciones de Darcy Ribeiro a la obra de Toynbee se encuentran en una serie de libros que fueron denominados por el propio autor como de “antropología de la civilización”, elaborados durante más de diez años a partir de 1964. Tal vez el libro más conocido de esta serie sea *Las Américas y la civilización* publicado por primera vez en 1969 con importantes reediciones en castellano, inglés, alemán y portugués. Pero de manera disgregada se ubican huellas de la obra de Toynbee en *El proceso civilizatorio* (1968) y *El dilema de América Latina* (1971), que junto con los volúmenes *Los indios y la civilización* (1970) y *Los brasileños* (1969/1972) —reescrito en varias ocasiones—, completan esta serie sobre el tema.

La historia de la escritura de estos libros tiene forma circular. Comenzó con el volumen sobre Brasil que finalmente fue publicado como último de la serie. Cuenta Ribeiro que no bien inició su exilio en 1964 luego del golpe de Estado contra el gobierno de João Goulart, se encontró con la necesidad de explicar las razones de la crisis de Brasil: “mi propia condición de exiliado político ha traído aparejada la obsesión —común a todos los proscriptos— por comprender los problemas de la patria”.⁵² Escribió y publicó en condiciones difíciles una primera versión de *Los brasileños* en 1965 en Montevideo. Su plan era incorporar este primer escrito como capítulo de una obra mayor, pero rápidamente abandona esta empresa. En una biografía detallada que acompaña la edición de *Las Américas y la civilización* de la Biblioteca Ayacucho, Mercio

⁵² Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización*, 3ª ed., Buenos Aires, CEAL, 1985, p. 12.

Pereira Gomes explica que Ribeiro luego de esta primera versión concluye que al no existir “una teoría explicativa de Brasil, en el seno de las Américas y dentro de la historia universal, era imposible realizar un estudio realmente global de la formación de la sociedad brasileña y un diagnóstico de sus problemas fundamentales”.⁵³ El propio Ribeiro enunció en el “Prólogo” a *El proceso civilizatorio* —volumen que terminó siendo el primero de la serie— que era necesario formular una “teoría de alto alcance histórico” como requisito previo indispensable a un estudio de la formación de los pueblos americanos.⁵⁴ Incluso muchos años después, en su autobiografía *Testemunho* recordaba que durante la elaboración de este libro pensó que era “evidente pra mim a carencia de uma teoria interpretativa que permitisse compreender efetivamente o processo de formação do povo brasileiro”.⁵⁵ Con este fin amplió entonces su objeto de estudio y su metodología porque, según postulaba, los instrumentos de análisis de las ciencias sociales implicaban otra limitación. Ribeiro afirmaba que los científicos sociales estaban preparados para realizar estudios detallados y cuidadosos, pero no para abordar “temas amplios y complejos”. De ahí nace su “temeraria tentativa”: formular una revisión crítica de las teorías de la evolución sociocultural existentes para proponer un nuevo esquema del desarrollo humano que englobe una tipología histórico-cultural de los pueblos americanos. Todo ello con el afán militante de detectar las causas políticas del subdesarrollo y los caminos de su abandono desde una perspectiva analítica “no europea”.⁵⁶ En esta búsqueda de una teoría explicativa de gran escala el antropólogo brasileño se encontró con la obra de Toynbee.

Mas este encuentro —es necesario señalar— lo emprendió desde otras interpretaciones con afán totalizador. Ribeiro afirmó casi al inicio de *Las Américas y la civilización* “que se trata, por lo tanto, de invertir la perspectiva de análisis de la sociología y

⁵³ Mercio Pereira Gomes, “Cronología”, en Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización: proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992, pp. 497-528, p. 513.

⁵⁴ Darcy Ribeiro, *El proceso civilizatorio: de la revolución agrícola a la termo-nuclear*, Buenos Aires, CEAL, 1971, p. 7.

⁵⁵ Darcy Ribeiro, *Testemunho* (1990), Río de Janeiro/Brasilia, Apicuri/UNB, 2009; cito por la edición digital de la Fundação Darcy Ribeiro, 1991, p. 113.

⁵⁶ Véanse de Ribeiro, *Las Américas y la civilización* [n. 52], p. 10; y *El proceso civilizatorio* [n. 54], pp. 7-8.

de la antropología académicas y de reconsiderar críticamente la aproximación marxista con el fin de enfocar, en primer término, los factores dinámicos de la evolución de las sociedades”.⁵⁷ La meta era estudiar “sociedades humanas durante largos periodos de tiempo”: Ribeiro pensaba concretamente en los “últimos diez milenios”.⁵⁸ En esta serie de libros encontramos, por lo tanto, la conjunción de las ciencias sociales entendidas como un todo multidisciplinar: Ribeiro incorpora críticamente los “estudios teóricos y esquemas de evolución” de Lewis H. Morgan, Leslie White, Bernhard J. Stern, Gordon Childe, entre otros; conceptos de un marxismo no dogmático sino heterodoxo y dependentista, de allí la idea de proceso civilizatorio, formación, transición, desarrollismo, subdesarrollo etc.; y la suma de categorías del sistema toynbeeano. En ocasiones su escritura resulta más que abigarrada.

Todos los indicios nos permiten afirmar que Ribeiro leyó la obra de Toynbee en los años de su exilio latinoamericano, en particular, en su estancia en Uruguay. Ello no implica que Ribeiro no conociera previamente al historiador británico. Encontramos traducciones al portugués publicadas en Brasil de la obra de Toynbee a pocos años de su aparición en inglés. Éste es el caso del compendio escrito por D.C. Somervell. En 1953 la W.M. Jackson Inc. Editores de São Paulo publicó en cuatro volúmenes *Um estudo de história*, condensação de D.C. Somervell. Unos años después, en 1961, la editorial Civilização Brasileira editó *La civilización puesta a prueba* con un título muy sugerente: *Estudos de história contemporânea: A civilização posta à prova - O mundo e o Ocidente*. Llamativamente la obra completa de *Estudio de la historia* con sus doce volúmenes no fue editada en Brasil. En 1987 la Editora Martins Fontes publicó la edición ilustrada en un tomo. Se trata de otro compendio, en este caso escrito con la colaboración de Jane Caplan, que fue publicado en 1972 por la Oxford University Press. Esta obra bella llena de imágenes fue uno de los últimos trabajos que emprendió el historiador británico, quién falleció en 1975. En estos años también se publicaron en Brasil *A sociedade do futuro* en 1973 y *A humanidade e a Mãe Terra* en 1978, por la editora Zahar.

⁵⁷ Ribeiro, *Las Américas y la civilización* [n. 52], p. 25.

⁵⁸ *Ibid.*

Pero las menciones de Ribeiro no pertenecen a estas ediciones brasileñas. Por el contrario, en su mayoría son de las ediciones de Emecé publicadas en Buenos Aires. Adelantamos que las referencias de Ribeiro son extraídas de la tercera edición del compendio de *Estudio de la historia* de D.C. Somervell publicado en 1959, la primera edición de la editorial Emecé fue de 1952; y de las conferencias dictadas por Toynbee en la Universidad de Pensilvania en 1961, publicadas en 1963 bajo el título de *Los Estados Unidos y la Revolución*, y otras dadas un año después en la Universidad de Puerto Rico y publicadas en 1964 como *La economía en el hemisferio occidental*, ambas de la editorial Emecé. Asimismo, en la bibliografía alfabética de *El proceso civilizatorio* encontramos las siguientes indicaciones: “Toynbee, Arnold J.: 1948, *Civilization on Trial*. Londres. 1951-64, *Estudio de la historia*. 13 vols. Buenos Aires. 1959, *Hellenism: The History of a Civilization*. Londres”. Las referencias a *Estudio de la historia* son mencionadas de la siguiente manera: (A. J. Toynbee 1951-64) al final de ciertos párrafos.

¿Cómo lee Darcy Ribeiro a Toynbee? Las condiciones del exilio explican sólo en parte esta lectura accidentada; otra razón está dada por el intento de elaborar, como se mencionó previamente, una obra de gran dimensión. En más de una ocasión Ribeiro se refirió a sus “formas de citación”: “los principales percances del presente trabajo [alude a *El proceso civilizatorio*], son la utilización y la forma de citación de las fuentes bibliográficas, así como la ausencia de un estudio crítico comparativo de nuestras tesis y las de otros autores”.⁵⁹ Él afirmaba que lo primero se explicaba “por las condiciones en las que trabajamos: sin contar con una biblioteca adecuada y con la asistencia de especialistas en campos conexos”.⁶⁰ Pero también —cuestión que va más allá de las condiciones de lectura y escritura— “por la amplitud del tema”. Este punto torna imposible la “explotación exhaustiva” de la bibliografía referente “a las distintas etapas evolutivas y a las innumerables civilizaciones contenidas en ellas”.⁶¹ Una propuesta interpretativa y metodológica de gran escala implicaba una forma de referencia particular. Más que a citas exactas, Ribeiro apelaba a indicaciones generales

⁵⁹ Ribeiro, *El proceso civilizatorio* [n. 54], p. 9.

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ *Ibid.*

de autores y obras, construyendo así una explicación histórica entrelazada de investigaciones especializadas no explícitas. Las menciones de los libros del historiador británico son ubicadas en epígrafes; al final de párrafos con nombre y año; en la bibliografía general; a través del uso de conceptos que están entrecomillados sin alusión a Toynbee pero identificables para quien leyó su obra; y, más profundamente, como inspiración de sus ideas, como es el caso de ciertos títulos.⁶²

De todas las menciones a la obra de Toynbee, consideramos que las más significativas se ubican en la parte primera de *Las Américas y la civilización* que tiene por título: “La civilización occidental y nosotros”. En el subtítulo “La expansión europea”, Ribeiro insertó la siguiente frase de Toynbee a modo de epígrafe: “Una de las consecuencias de la expansión del Occidente fue colocar en una misma canasta, preciosa y precaria, todos los huevos de la Humanidad./J. A. Toynbee”.⁶³ A continuación, explicaba cómo la historia de la humanidad en los últimos siglos fue la historia de la expansión de la Europa occidental que al constituirse en “núcleo de una nueva civilización” subsumió al mundo entero bajo sus designios. No era exactamente lo que sostenía Toynbee, que si bien observaba el avance de la “civilización occidental” sobre el resto del mundo, también afirmaba que esta convivía con otras “civilizaciones”. Pero la operación intelectual de Ribeiro tenía por lo menos dos objetivos. Por un lado, interpretar la sentencia de Toynbee para pensar la relación pasado-presente-futuro⁶⁴ de la

⁶² En *El proceso civilizatorio*, por ejemplo, encontramos disgregadas en el cuerpo del texto referencias en la sección “Las civilizaciones regionales”, donde Ribeiro detalla el nacimiento de lo que él considera los “imperios teocráticos de regadío”, los “imperios mercantiles esclavistas” en Grecia y Roma, el mundo “greco-romano feudalizado”, la “revolución pastoril”, la *Volkerwanderung* (un concepto muy utilizado por Toynbee), los “imperios despóticos salvacionistas” y los “pueblos islamizados”. Como ya mencionamos, estas referencias se presentan al final de los párrafos de la siguiente manera: “A.J. Toynbee 1951-64”. Es decir, aluden a *Estudio de la historia*, en su versión de doce volúmenes, aunque no menciona ninguna sección o página específica. Son citas que funcionan principalmente como argumento de autoridad en temas como la historia de las civilizaciones, el mundo greco-romano, los imperios etc., todos temas en los que la obra de Toynbee podía servir como fuente erudita.

⁶³ Ribeiro, *Las Américas y la civilización* [n. 52], p. 47.

⁶⁴ En Ribeiro la preocupación por el tiempo histórico escapa a toda interpretación lineal. El pasado importa porque nutre, como señaló Koselleck, un “horizonte de expectativas”: una expectativa que se podía efectuar en el presente, que apuntalaba el *todavía no*, lo que se anhelaba descubrir y resultaba en un deseo del futuro, Reinhart

actual “civilización occidental”, y por el otro, definir cuál era el lugar de América Latina en esta posible configuración o “civilización emergente”.

Ribeiro no problematizó el concepto de *civilización* o *civilizaciones*.⁶⁵ Sin embargo, podemos inferir por sus anotaciones que identifica “civilización” con “proceso civilizatorio”. Para él, un proceso civilizatorio era la dinámica histórica que construía formas estandarizadas de conducta cultural que se cristalizaban en sociedades. A su vez los procesos civilizatorios estaban regidos por varias etapas identificadas con sucesivas “revoluciones tecnológicas” (agrícola, urbana, de irrigación, metalúrgica, pastoril, mercantil, industrial, termonuclear), que resultaban en diferentes formaciones humanas. Para Ribeiro,

las civilizaciones son cristalizaciones de procesos civilizatorios singulares que se combinan formando un complejo sociocultural históricamente individualizable. Cada civilización, al expandirse [...] se difunde sobre un área, organizándola como su territorio de dominación político-económico y de influencia cultural (civilización egipcia, azteca, helénica, etc.).⁶⁶

La sentencia de Toynbee le interesaba a Ribeiro porque, a juicio suyo, estábamos en un momento histórico particular nunca antes acontecido. Refiriéndose a la expansión de Europa, afirmaba: “ningún proceso civilizatorio anterior se reveló tan vigoroso en su impulso expansionista, tan contradictorio en sus motivaciones, tan dinámico en su capacidad de renovarse”.⁶⁷ La civilización europea occidental había unificado al mundo bajo un mismo “proceso civilizatorio” que incluía a “las Américas”. La cuestión era develar de qué manera lo había logrado. Aunque era claro que el continente estaba integrado de manera subordinada a la “civilización occidental”, el resultado no era homogéneo. Ribeiro catalogó diferentes for-

Koselleck, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 338.

⁶⁵ Los siguientes abordajes analizan el pensamiento de Ribeiro de manera más acabada: Camila Dos Santos Nogueira, “A ideologia da civilização e a formação das sociedades dependentes e atrasadas: o pensamento de Darcy Ribeiro”, *Cuadernos del CEL* (Argentina, UNSAM), núm. 3 (2017), pp. 216-226; y Andrés Kozel, “Darcy Ribeiro y el concepto de *civilización*”, *Cuadernos Americanos*, núm. 164 (abril-junio de 2018), pp. 145-159.

⁶⁶ Ribeiro, *El proceso civilizatorio* [n. 54], p. 156.

⁶⁷ Ribeiro, *Las Américas y la civilización* [n. 52], p. 47.

maciones en las Américas: “pueblos testimonio”, “pueblos nuevos” y “pueblos trasplantados”. El proceso histórico de subsunción a la “civilización occidental” había dado como resultado un continente con “formas sociales desiguales”, con áreas desarrolladas y otras dependientes. A juicio de Ribeiro había que superar dos tipos de “concepción de la dinámica social”. Una que consideraba a los pueblos dependientes como sobrevivientes de etapas pretéritas de la evolución misma; otra que confería a las sociedades más desarrolladas el fin del proceso evolutivo, representándolas como el modelo ideal de ordenamiento sociocultural hacia donde marcharían todos los pueblos. Desde una clara interpretación dependentista, Ribeiro sostenía que los pueblos desarrollados y subdesarrollados no constituían etapas distintas, sino que eran “componentes interactivos” de un sistema de dominación.⁶⁸

Esta “unificación del mundo”, sin embargo y a pesar de la “capacidad de renovarse” de la civilización occidental, engendrabas sus propias contradicciones. Reponiendo una interpretación del marxismo en clave heterodoxa, Ribeiro sostenía que en los intersticios de dicha civilización se asomaba la posibilidad de una “sociedad futura que vía una nueva revolución tecnológica”, en esta oportunidad “termonuclear”, podía resultar en un proyecto nuevo para la historia de la humanidad. Ribeiro se preguntaba: “¿estaremos ahora —con la implementación de la tecnología moderna de base termonuclear y electrónica— ante una aceleración cíclica de la misma naturaleza o ante transformaciones tan prodigiosas que debemos clasificarlas como una nueva revolución tecnológica?”.⁶⁹ Y la respuesta a la última cuestión era afirmativa. Eso estaba sucediendo desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Lo novedoso era que esta nueva “revolución tecnológica” podía ser el cimiento de las “sociedades futuras”. Para él las “sociedades futuras” eran “formaciones socialistas de nuevo tipo”: no habría estratificaciones en clases económicas; existiría una superación de la diferencia entre la ciudad y el campo; se superaría la ruptura entre el productor y el producto del trabajo; las personas tendrían posibilidades absolutas en el plano del conocimiento; y se resolverían los problemas de la carencia y de la regulación social de la

⁶⁸ Ribeiro, *El proceso civilizatorio* [n. 54], p. 158.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 117.

abundancia.⁷⁰ No obstante, lo “paradójico” era que en el presente “un pequeño grupo de élite” y las “formaciones imperialistas” —Ribeiro observaba un “sistema policéntrico”— se oponían a los prodigios de esta revolución tecnológica. El clima creado por la disputa armamentista que arrastraba a Estados Unidos y a la Unión Soviética a una competencia ilimitada por su propia seguridad, aunque exacerbaban la revolución científica, expandían el terror de la guerra y abandonaban los prodigios que la nueva revolución tecnológica podría otorgar. Así “mueren las civilizaciones” sentenciaba Ribeiro al modo de Toynbee.⁷¹

Pero la civilización europea no moría para dar lugar a otras civilizaciones particularizadas sino para crear las bases de la “civilización humana”. Una “civilización emergente” que era una esperanza de futuro, la posibilidad de repensar el propio proceso civilizatorio desde la perspectiva de los pueblos desheredados y oprimidos, para rehacer el mundo de acuerdo con las tradiciones del humanismo perdido.⁷² En definitiva, las “sociedades futuras” aunque engendradas en el presente de la civilización occidental eran una creación para el porvenir.

Y era en este porvenir que América Latina tenía cabida, junto con los otros pueblos subyugados, pues en Ribeiro la perspectiva tercermundista era clara, tenía un objetivo definido: “Los latinoamericanos [eran el producto, sostenía] de dos mil años de latinidad, mezclada con poblaciones mongoloides y negroides, aderezada con la herencia de múltiples patrimonios culturales”;⁷³ eran una “civilización” tan vieja como las más antiguas en lo que respecta a su cultura. Pero este “patrimonio” tenía dos caras: la “pose consular y alienada de las clases dominantes” y “lo nuevo” que se manifestaba en las clases oprimidas. La “revolución social latinoamericana” implicaba el “choque de estas dos concepciones”.⁷⁴ Un triunfo de esta última concepción “significará también el ingreso de los latinoamericanos en el diálogo entablado a escala mundial, puesto que tienen una contribución específica que hacer a la nueva civilización ecuménica. Y esta contribución consistirá, esencialmente, en lo

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 129-130.

⁷¹ *Ibid.*, p. 124.

⁷² Ribeiro, *Las Américas y la civilización* [n. 52], pp. 68-70.

⁷³ *Ibid.*, p. 78.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 79.

que ellos son como configuración étnica”.⁷⁵ Para Ribeiro el aporte latinoamericano a una “sociedad del futuro” sería su capacidad de mestizaje como experiencia de universalidad.

Estos anhelos acerca de la “unificación del mundo”, tan prístinos en las profecías toynbeeanas cercanas al fin de la Segunda Guerra Mundial, eran reinterpretados en las perspectivas a futuro de Ribeiro. La “unificación del mundo” toynbeeano debía adoptar la forma de “sociedades futuras” socialistas. A su vez, esta opción era sólo una posibilidad: la humanidad todavía tenía que erigir esta perspectiva ecuménica y América Latina debía aportar su materia. Para Ribeiro como para Toynbee la “civilización estaba a prueba”.

A modo de cierre

ALFONSO REYES ya había señalado en sus “Notas sobre la inteligencia americana” (1936), que aunque sus palabras se circunscribían a observaciones sobre América, no dejaban de ser “un pretexto para rozar algunos temas universales”.⁷⁶ Las lecturas latinoamericanas sobre Toynbee realizadas por Víctor Raúl Haya de la Torre y por Darcy Ribeiro albergan un empeño similar, pensar lo americano —“nuestras tierras”— en conexión con lo universal. El resultado de la práctica escritural buscó formular ideas con matrices universalistas con las cuales reflexionar o redefinir fenómenos históricos, políticos y culturales de naturaleza global. Las guerras mundiales habían desembocado en una crisis de la “civilización occidental”. El “mundo occidental” —siempre definido de manera borrosa, donde Europa y Estados Unidos eran sus representantes centrales—, ya no era el sino hegemónico. América Latina en contraposición podía ser el lugar del presagio, del porvenir, del futuro para la humanidad. Si esto era posible entonces los latinoamericanos podían intervenir y repensar debates de naturaleza universal que no sólo atañían a América Latina. Las interpretaciones de la obra de Toynbee constituyeron un espacio de lectura y escritura donde la historia continental ya no era un apéndice de la historia “occidental” sino parte integrante de un nuevo esquema mundial.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 68.

⁷⁶ Reyes, “Notas sobre la inteligencia americana” [n. 15], p. 5.

RESUMEN

A mediados del siglo XX Arnold J. Toynbee fue una figura de alta visibilidad debido a su carácter bifronte de historiador renombrado y analista de la escena global. Su postura sobre la existencia de civilizaciones en plural fue interpretada por los intelectuales latinoamericanos como un alegato anticolonial. Esta primera aseveración incitó una exploración de su obra con el fin de repensar ciertos problemas de matriz universal presentes en la historia latinoamericana. Los tópicos que nacieron de las lecturas del historiador británico fueron la singularidad del tiempo histórico americano, la necesidad de construir un esquema explicativo continental y un interés geopolítico por situar las relaciones con el “mundo occidental” en crisis y dislocado por las guerras mundiales.

Palabras clave: universalismo anticolonial, civilizaciones en plural, Arnold J. Toynbee (1889-1975), Alfonso Reyes (1889-1959), Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979), Darcy Ribeiro (1922-1977).

ABSTRACT

In the mid-20th century, Arnold J. Toynbee was a highly visible figure due to his roles both as a renowned historian and as an analyst of the global scene. Latin American intellectuals interpreted his position on the existence of civilizations (in plural) as an anti-colonial allegation. This assertion prompted an analysis of his work in order to reconsider some universal problems present in Latin American history. Some of the topics rising from reading the British historian's texts were the uniqueness of American history stages, the need for a continental explanatory scheme, and a geopolitical interest in locating relationships with a “Western world” in crisis and upset by world wars.

Key words: anti-colonial universalism, civilizations in plural, Arnold J. Toynbee (1889-1975), Alfonso Reyes (1889-1959), Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979), Darcy Ribeiro (1922-1977).